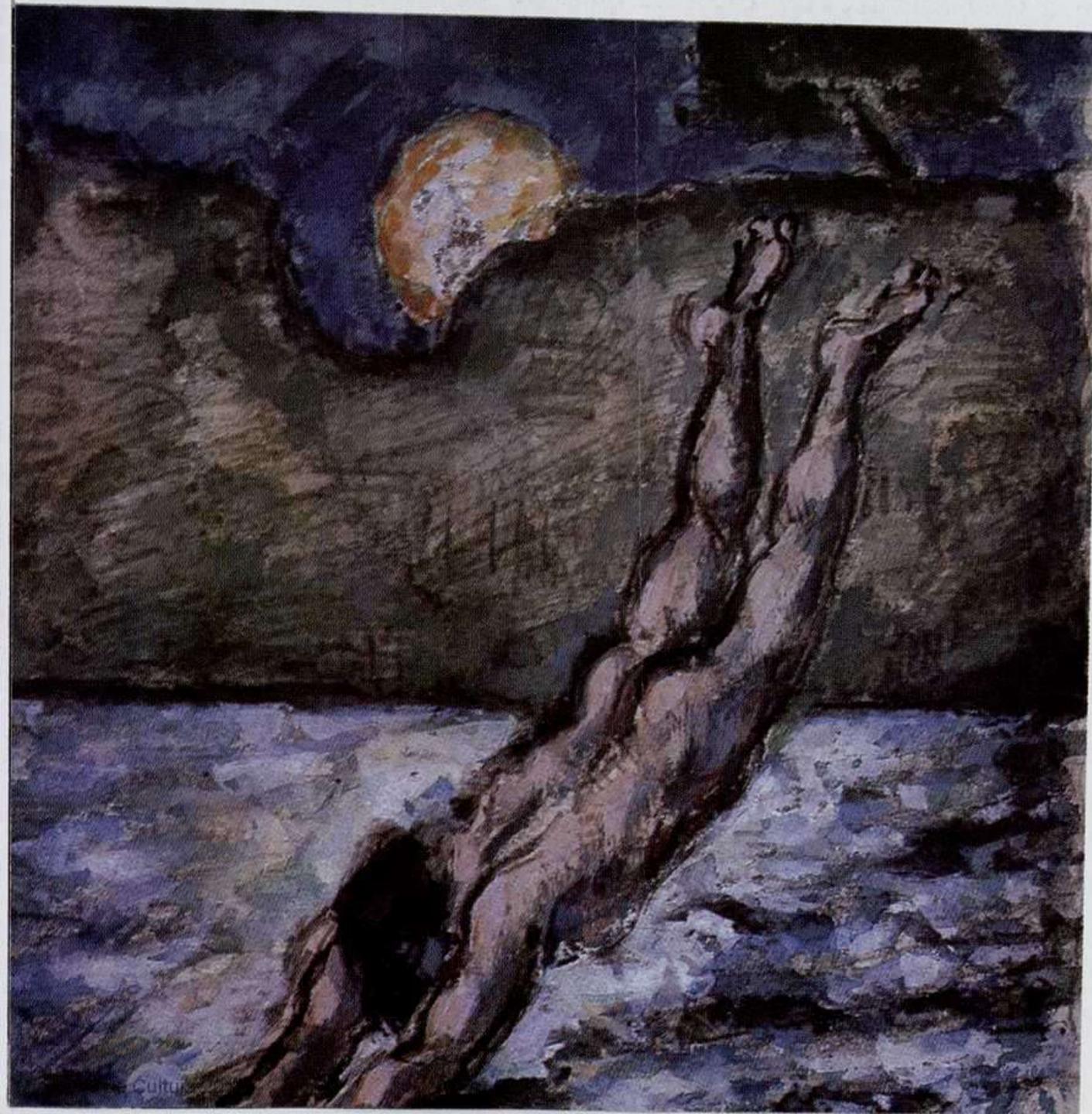


Deportes de autor

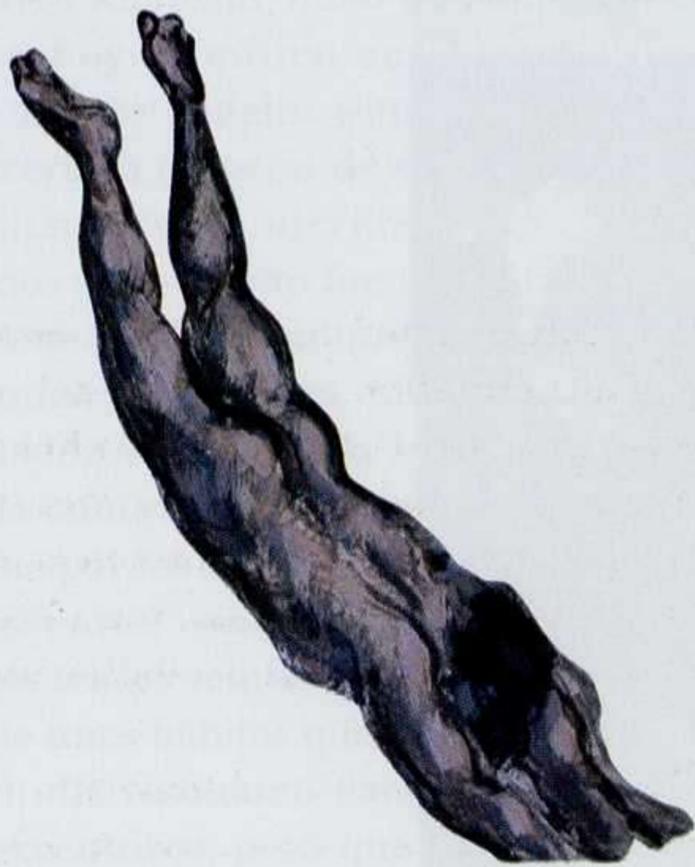
José Antonio Mesa Toré

Concentración y nerviosismo. Ante el papel en blanco, el escritor debe de estar poseído por una sensación análoga a la del velocista esperando el pistoletazo que abre la carrera. Cada línea, un obstáculo que hay que salvar con limpieza de estilo. Y en la mente, un plan, una estrategia inteligente para procucar el triunfo, la gloria, los aplausos. Los folios se estrujan, son informes pelotas que, en distraídas y desesperanzadas parábolas, van a dar al aro de la papelera.

Hay tanto que hablar sobre la relación entre el deporte y el arte, que uno no acierta a decidir qué táctica emplear; ni a seguir la rueda buena, y entonces la pájara afecta al músculo de la imaginación tanto como al de las piernas, y el cesto donde rebotan, uno tras otro, los folios es ya un nevado Everest de innumerable escalada.



Paul Cézanne
El salto en el agua 1867-1870



El mejor ensayo sería, sin duda, resumir en apretadas páginas la historia de esa relación pero, después de varios intentos, uno se da cuenta de que lo escrito no ha sido más que un entrenamiento de las neuronas, un calentar en la banda para no parecer frío en los primeros compases estilísticos ni desperdiciar las ocasiones de lucirse ante la grada de *Litoral*. Aun más, éste sería un ejercicio inútil, condenado al fracaso. Imposible superar el listón que el profesor Antonio Gallego Morell dejó muy alto con su libro *Literatura de tema deportivo* (Ed. Prensa Española, Madrid, 1969), un clásico de la bibliografía sobre este asunto, del que aquí recogemos, aunque no por entero, el capítulo «El deporte como tema literario». En él, el lector conocerá cómo nace el tema deportivo en la literatura —en torno a los juegos de Olimpia, Delfos, Corinto y Nemea, casi ocho siglos a. de C.—, y cómo Píndaro, heredero de una larga tradición de la que no nos han llegado nombres, pasa por ser el primer cantor de las hazañas de aquellos campeones de la Antigüedad, coronados como héroes cada cuatro años. Y será testigo de los momentos estelares del deporte en las letras y las artes de Occidente en sus distintas épocas y escuelas.

Pero, puesto que nuestro trabajo arranca con el siglo xx, nos interesa fijar la atención en dos sucesos que capta Gallego Morell a cámara lenta: es con los avances tecnológicos que, gracias a la revolución industrial, procuran nuevas y deslumbrantes máquinas y con la inauguración en Atenas en 1896 de la I Olimpiada del mundo moderno cuando el tema deportivo en las artes alcanza un auge inusitado y prácticamente se iguala, en cantidad y calidad, a los temas de siempre. Cuando la bicicleta, el automóvil y el aeroplano cruzan caminos y cielos, las vanguardias artísticas —con el futurismo a la cabeza— llenan páginas y lienzos con el culto a la máquina.

Mientras tanto, la ocurrencia del barón Pierre de Coubertin de resucitar las olimpiadas despierta —también entre los artistas— un interés mayor en cada convocatoria. Coubertin, en el final de un siglo en el que el arte y la literatura, la ciencia, los estudios históricos y, sobre todo, la arqueología han soñado como nunca hasta entonces con las



Edgar Degas *En las carreras junto a los jockeys* 1877-1880

civilizaciones antiguas, propone una gimnasia melancólica: recuperar para los tiempos modernos el viejo espíritu de aquel mundo mediterráneo en el que el deporte se mezclaba naturalmente con la religión, la historia y el arte. Los juegos del siglo xx, a imagen y semejanza de su modelo griego y porque no de otra manera los concibe el barón, se adornan con concursos literarios y artísticos, con exhibiciones en las que deporte y arte se abrazan. Coubertin, que bajo seudónimo presenta una *Oda al deporte* en la Olimpiada de Estocolmo de 1912, quiere que no haya competición deportiva sin competición artística; que al cuerpo del atleta le acompañe siempre la sombra del artista.

Estos dos sucesos —el maquinismo y la restauración de los juegos— originan que para las vanguardias, para los hombres y mujeres de los felices años 20 el deporte sea un signo de modernidad, hasta tal punto que los artistas no sólo lo reflejan en sus creaciones sino que además, en muchos casos, lo practican con entusiasmo. A la memoria vienen añejas fotografías de época, entonces instantáneas modernísimas: un Henry de Montherland con calzón corto y gorra en la mano, cancerbero orgulloso bajo el cielo de París; un Luis Buñuel en pose cinematográfica, arreándole a un saco de arena; un Lorca con jersey de tenista...

Repetidamente hablamos de las vanguardias, y en ellas hubiéramos tenido otra posible estrategia para enfrentar este prólogo: haber convertido esa época rebosante de vitalismo y creatividad en la estrella de estos apuntes. A fin de cuentas, Alfonso Sánchez y yo nos estrenamos con el tema deportivo en la literatura con la publicación de una antología titulada *La generación del 27. Una generación deportiva* (Centro Cultural de la Generación del 27, Málaga, 2003) para la que entonces escribíamos: «Aun sin haber leído to-

dos a Rimbaud, hubo un tiempo hoy ya mítico en el que nuestros abuelos tomaron la acertada decisión de ser absolutamente modernos. Digamos que su gesto fue un gesto democrático, aunque tuviera mucho de elitista en sus comienzos. Parte de la avanzadilla cultural de aquel entonces fue por los años de su primera juventud —no lo olvidemos: los felices veinte— precursora de unos hábitos que tal vez en su día resultasen llamativos o excéntricos, pero que el futuro se encargaría de socializar. A algunos de ellos, artistas y escritores, la Historia acabaría llamándolos «Generación del 27»: un puñado de jóvenes que se haría muchísimas fotos y que se enamoraría perdidamente de los mil deportes que en su tiempo se pusieron de moda. Ellos nacieron, respetémoslos, sí con el cine; pero el jazz, el dancing, la pasión por los automóviles, el afán por los viajes y la práctica de los deportes serían también algunas de las constantes de la moder-

nidad que reflejan sus trayectorias vitales y sus obras respectivas».

Sin embargo, continuar por ese camino hubiera sido también un ejercicio estéril, ya que el profesor y poeta Antonio Jiménez Millán ha escrito para este número de *Litoral* un ensayo sobre «El deporte en vanguardia (1909-1930)», el cual se acompaña de una breve antología de textos de algunos autores europeos que hicieron del deporte una de sus mejores fuentes de inspiración: Marinetti, Reverdi, Cocteau, Morand, Cravan —que en 1916 se mediría en la Monumental de Barcelona al campeón del mundo de boxeo Jack Johnson, negro de 110 kilos— o el propio Montherland. Tratar de competir con sus conocimientos de esa época artística no hubiera hecho más que subrayar nuestra condición de gregarios o de meros comparsas en una competición desnivelada. Contentémonos con participar y desvelemos qué criterios hemos seguido para darle forma a nuestra edición.

Por la bibliografía que se incluye al final del número, el lector comprobará que en las diferentes generaciones y movimientos artísticos que se han sucedido durante el siglo xx los ejemplos de tema deportivo han aumentado a un ritmo vertiginoso. Hemos tenido, pues, que llevar a cabo una difícil selección, como cuando se confecciona la lista definitiva para un combinado nacional. En nueve secciones distintas, pretendemos mostrar las páginas más originales que se hayan escrito en el ámbito hispano sobre el fútbol —rey indiscutible también en la creación literaria—, el resto de juegos de pelota, el boxeo —igualmente con una fértil tradición en las artes—, el ciclismo, el

motor, los deportes náuticos, los de nieve, el atletismo y la hípica y los juegos de salón. Reconocemos que en ocasiones algún texto fue escogido más que por su indiscutible calidad por tratar sobre un deporte minoritario. Y, desde un principio, no hemos querido conformarnos con hacer una antología exclusivamente poética sino, muy al contrario, teníamos claro que muchas de las páginas más brillantes de tema deportivo se hallaban en relatos o novelas y en crónicas o columnas de prensa. A la diversidad de deportes le correspondía la diversidad de géneros literarios.

Por lo general, no faltan piezas ya míticas, casos del poema «Platko» de Alberti, la «Elegía al guardameta» de Miguel Hernández o un fragmento de *Young Sánchez*, de Ignacio Aldecoa. Pero hemos dejado en el banquillo algunos otros bien conocidos del público —por ejemplo, no se ha aprovechado por entero el material que ya habíamos editado en *La generación del 27. Una generación deportiva*— porque queríamos alinear un número parecido de autores que ya han colgado las botas —y la vida— y de con-

temporáneos que siguen en activo o casi acaban de debutar. Con todo, pese a las limitaciones de espacio, un centenar largo de escritores —algunos con textos sobre más de un deporte— están aquí representados. Unos, celebrando las excelencias de la práctica deportiva, captando su belleza, deleitándose en un detalle sensual o narrando en primera persona su experiencia como deportista o espectador. Otros, de mirada crítica, irónica o abiertamente burlona —no se pierdan los partidos de fútbol de García Hortelano o de Benítez Reyes, ni tampoco cómo vive las olimpiadas Francisco Bejarano—. Por fin, transparentan muchos de ellos la ideología de una época, los sueños y frustraciones de una sociedad, el distinto aire de los tiempos: hay encanto naif, sensualidad y gozo de vivir en los autores del 27; hay lágrimas, sudor, sangre y pobreza en algunos de los de posguerra; hay euforia y miedo en la Argentina mundialista de Andrés Neuman... El deporte como espejo de nuestro mundo.

Quizás, aún a estas alturas, a alguien le extrañe encontrar tantos artistas

aficionados al deporte. Es verdad que alguno de ellos disimula el *Marca* entre el resto de diarios antes de alejarse del quiosco. Aunque también lo es que otros, con fama de intelectuales, ejercen sin sonrojo el periodismo deportivo. Las antologías de cuentos o de poemas sobre un deporte se cotizan bien, alguna alentada por un célebre deportista. En ese mismo *Marca* clandestino, pero con récord de ventas, al enjuiciar, uno por uno, a los futbolistas que se enfrentaron en un partido, basta una sola palabra para calificar la labor de una de las estrellas del Dépor: Valerón: poeta. Estamos de acuerdo con Fernando Lázaro Carreter en las desmesuras del lenguaje deportivo, casi siempre partidario del tono épico y empeñado las más de las veces en hacer del terreno de juego un campo de batalla; mas siempre queda una oportunidad para el pase o el remate lírico. Deporte, arte y literatura parecen condenados a contagiarse mutuamente su fuerza y su imaginación. El diario *Marca* convoca un premio de relatos de tema deportivo.

No obstante, no hemos querido olvidar al artista



Henry Rousseau
Los jugadores de Rugby 1908

bohemio, más apegado a las atmósferas de humo y alcohol que al saludable aire fresco de la ejercitación del músculo. Es por eso por lo que, aunque con poquísimos ejemplos, reservamos un último capítulo para los juegos de salón: esos salones recreativos de nuestra infancia, esos billares y boleras tan

parecidas —en todo— al ring de boxeo; esas improvisadas partidas de cartas, dominó o ajedrez en la niebla de algún bar no siempre dentro de la ley.

Como no siempre lo estaban aquellos marineros de los que, según la curiosa propuesta etimológica de Ortega y Gasset, derivaba el vocablo «deporte». «Estar en portu» vendría a significar para ellos el tiempo de ocio, la otra cara del rudo trabajo del mar. Contarse viajes, jugar, apostar, retarse eran entrenamientos tabernarios en las largas horas de espera. Más o menos descabellada, la etimología de don José sabe a oro olímpico para este número de *Litoral*.